

RESURRECCIÓN DEL SEÑOR B/2006

Hoy es un día de victoria, un día de la absolución del condenado y Cristo crucificado, un día de triunfo de la vida sobre la muerte, donde Dios el Padre ha confirmado y ha reconocido, ante el mundo entero y la muchedumbre de aquellos que condenaron a Jesús, que él es Dios y el Señor del universo; la muerte no puede prevalecer sobre él. Todas las lecturas de este Domingo de Resurrección comunican este mensaje vital de la victoria de Dios en su mensajero y querido Jesucristo.

Para comprender mejor el significado de la fiesta que celebramos hoy, tenemos que tener en cuenta el choque, la frustración y la desilusión que los discípulos han tenido, cuando Jesús fue detenido y matado, como todos ellos huyeron. Ellos se asustaron y se escondieron por miedo a los judíos. Ellos están ahora de pie ante de la gente entera y hablan abiertamente, significa que algo les ha pasado, que ha cambiado su miedo en el coraje, su desesperación en la esperanza y su angustia en la alegría: ¡Cristo es resucitado!

Este es el contenido del discurso de Pedro en los Actos de Apóstoles. En el comienzo, Pedro recuerda a la muchedumbre quién era Jesús, un verdadero hombre dotado con el Espíritu Santo, quién fue a todas partes de su país y en las regiones circundantes que hacia el bien y curaba al enfermo, y como él fue injustamente asesinado. Pero, Dios no podía abandonar a su querido en la tumba para siempre; él lo ha resucitado a la vida otra vez. En él toda la profecía ha sido realizada. Quien quiera que cree en él recibe el perdón de los pecados en su nombre.

La misión de los discípulos, entonces, es la de atestiguar lo que Dios ha hecho en Jesucristo levantándolo de los muertos. Esta aseveración muestra claramente que la resurrección de Jesús no pertenece al reino de prueba, pero esta en el testimonio. El Evangelio de este domingo lo declara de tal modo que no deja duda. Debemos acercarnos a Cristo no embosca de una prueba de su resurrección sino por que creemos en el.

El Evangelio dice: “el otro discípulo también entró, el que quién llegó primero, y él vio y creyó”. ¿Qué vio San Juan? Nada más que una tumba abierta y vacía materializada por las telas de entierro. De hecho, el Domingo de Resurrección, no hay nada para ver; hay sólo una cosa de hacer, saber creer que ninguna tumba tiene el poder de prevenir que la vida de Dios florezca y nos alcance. Durante la mañana de Pascua sólo la fe puede hacernos comprender que no hay ningún hueco infranqueable entre Dios y la muerte, que Cristo resucitado nos conduce de la muerte a la vida, haciéndonos nuevas criaturas que complacen a su Padre.

¿Qué significa la verdad de la resurrección? La resurrección de Cristo significa que la tumba no es más un lugar donde la muerte es encerrada detrás de una piedra. La piedra de la muerte ha sido quitada para siempre de la tumba. Cristo resucitado ha destruido para siempre el reinado de muerte simbolizado por el lugar de entierro. Él ha promovido la vida y ha bendecido todos aquellos que creen en él y en a la vida eterna y se alegren con él en su reino. Para nosotros como humanos, la resurrección de Cristo significa que nuestra propia muerte física no es un obstáculo a la prosperidad de la vida de Dios en nosotros. Como en Cristo, cuando morimos, Dios nos da la vida de nuevo;

cuando creemos en él y somos bautizados en él, Cristo mismo nos hace participar en su propia resurrección.

Es sólo en la fe que podemos dar testimonio de la resurrección de Cristo. Fe cuya pregunta aquí no es un conocimiento intelectual sobre Jesús o un compromiso moral sobre las doctrinas de la Iglesia, pero es, en primer lugar, un compromiso personal de dedicar nuestra vida a Cristo y vivir en consecuencia. Por eso la resurrección de Cristo nos desafía para creer en él sin verlo. Como 1 Pedro 1, 8-9 dice: “usted lo ama, aunque usted no lo han visto; y ahora, creyendo en él sin haberlo visto, se alegran con una alegría tan grande y gloriosa que no pueden expresarla con palabras, por haber conseguido la salvación de sus almas; pues tal es la meta de su fe”.

Cristo elevado y vivo es la razón de nuestra fe. Si él no resucitara, nunca habría fe en él. El problema, sin embargo, es que no hay nada que ver, excepto sus palabras para escuchar a y creer. Como los discípulos durante la mañana de la resurrección, somos aturcidos, porque no lo vemos, pero sólo la tumba vacía. Y aún así, él está presente; Cristo está vivo en nuestro medio. Como los discípulos que creyeron en las palabras de Maria Magdalena, así deberíamos nosotros creer en la palabra del Evangelio que Cristo a resucitado. Esto puede pasar sólo si nos abrimos a la gracia del Espíritu Santo quién es capaz de reforzar la presencia de Cristo en nuestros corazones y en nuestra comunidad. Esto es el Espíritu Santo quién da el coraje para proclamar Cristo al mundo y atestiguar al mundo. Sin ver creemos, porque él está en nuestro medio desde muchos puntos de vista.

Celebrar la resurrección de Jesús es celebrar con la anticipación nuestra propia victoria sobre la muerte, porque en él nosotros hemos nacido de nuevo y llamados a la nueva vida. Cuando San Pablo dijo en la 2a lectura, “Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vida de ustedes, entonces también usted se manifestaran gloriosos, juntamente con él”. Por eso los cristianos deberían estar más preocupados por cosas del cielo y no aquellas de la tierra. No es que los cristianos no debieran interesarse en las cosas de este mundo. Al contrario, ya que ellos trabajan y realizan su tarea como todos, los cristianos, sin embargo, deberían estar convencidos que la plenitud de vida no puede ser conseguida aquí en la tierra.

Ya que Cristo ha resucitado y nos llama a la vida y no a la muerte. Entonces aclarada nuestra misión: vivir y extender vida alrededor de nosotros. ¡Como Cristo es el Señor de vida, podemos nosotros aprender de nuevo que somos puestos en libertad del poder de muerte y pecado! A causa de la resurrección de Cristo, podemos nosotros estar de pie contra la cultura de muerte y defender la vida por cualquier medio. ¡Deseo a cada uno de ustedes una bendita fiesta de la Pascua!



Fecha de Sermón: Abril 16, 2006
© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20060416homilia.pdf